
EL CLUB UNIVERSITARIO

PERIÓDICO CIENTÍFICO LITERARIO

MIGUEL ISABELINO MENDEZ

EDITOR Y ADMINISTRADOR

SUMARIO DEL NÚM. 79

CLUB UNIVERSITARIO: *Memoria de la 15.ª Comision Directiva* — EL AÑO NUEVO — LA ARISTOCRACIA, por J. A. C. — JULIAN, por Grégory — CANTO DE LA SIRENA — SECCION POÉTICA: *A Delina*, por S. A. E. — *El cóndor*, por Vicente Coronado — *Cantemos*, por M. Bahamonde.

CLUB UNIVERSITARIO

MEMORIA

de la 15.ª Comision Directiva

SEÑORES CONSOCIOS:

Cumpliendo con la disposicion reglamentaria, sometemos á vuestra consideracion la sencilla relacion del estado del Club y de sus trabajos durante este último periodo del año.

Desde su fundacion ha sido halagado el Club Universitario con el cumplimiento de una mision profética; se ha dicho que está llamado á influir sobre nuestra actual organizacion política y sobre el porvenir de la República; se ha repetido que servirá de núcleo para la formacion de futuros centros científico-literarios, que al mismo tiempo que aumentarán las luces del saber, dándonos mayor realce ante los pueblos civilizados, corregirán nuestras costumbres y difundirán en nuestra sociedad ese deseo inapreciable de hacer el bien y ese gusto esquisito que en el orden literario nos conducirá indudablemente á

rápidos adelantos en toda la vasta esfera de los conocimientos humanos.

Algo hemos hecho durante 4 años, para dar razon á los que nos estimulaban con esas profecías. Ha tocado á esta Comision presidir uno de los periodos mas variados que cuenta el Club.

Preocupada la C. D. en elevar esta institucion á mayor grado de influencia que la colocaron las Comisiones anteriores, se esforzó en buscar para tema de sus sesiones y conferencias alguno de los puntos que mas se relacionáran con las necesidades del presente.

Creyó que uno de los medios mas eficaces seria hacer públicas las sesiones. Este medio, como lo sabeis, dió buenos resultados.

Ayudada la Comision en su propósito por algunos de nuestros mas inteligentes consocios, logró que no fuesen del todo inútiles las promesas de la sesion del 3 de Agosto.

Como vereis, la actividad del Club durante los primeros meses de este último período presenta un espectáculo muy halagüeño.

Al mismo tiempo que la reforma del reglamento nos preocupaba, los problemas mas fundamentales de la Religion, la moral y la Historia; las oscuras é intrincadísimas cuestiones de la Paleontologia han sido desarrolladas y discutidas con un caudal de conocimientos que acusa decidido anhelo por el saber y noble espíritu de crítica, produciendo este movimiento científico gran estímulo entre todos nosotros y bellas promesas para nuestro propio mejoramiento y la felicidad de la patria.

La poesia, la literatura han tenido su sesion especial. Aun está muy patente en nuestra alma el bello espectáculo del cinco de Setiembre, IV aniversario de esta institucion.

Todos reconocemos la gran conveniencia de repetir esos actos, por la noble emulacion que despiertan y la benéfica influencia que sucesivamente irán adquiriendo. Esas reuniones literarias, como lo sabeis, si bien son para la generalidad de momentaneo efecto, en algo contribuyen no obstante á desviar el espíritu popular del exclusivismo de las agitaciones políticas y del positivismo egoista que caracteriza las sociedades estraviadas.

Aquí teneis la relacion de las sesiones celebradas y la nómina de los trabajos y sus autores:

La sesion de recepcion del 3 de Agosto.

La del 6, en que se dió lectura de la Memoria de la XIV C. D.

La del 8, en que se examinó el primer proyecto de Reglamento.

La del 13, en que el señor Presidente disertó sobre el duelo y el suicidio.

La del 17, en que el socio D. Juan F. Tomson leyó su segundo discurso sobre el origen y formacion del hombre.

La del 22, en que se verificó la eleccion de bibliotecario por renuncia de D. Alberto Palomeque.

La del 29, en que se discutió y aprobó parte del proyecto del Reglamento.

La del 31, que fué pública y en la que el socio D. Juan Gil, dió lectura de «El Problema Religioso».

La del 3 de Setiembre, en que se continuó la reforma del Reglamento.

La del 5 del mismo mes en celebracion del 4.º aniversario del Club Universitario, en la que tomaron parte los señores Cominges, Salterain, Miguel Isabelino Mendez, Souza, Perez, Otero, Freire, Ros, Azarola, Pena y Caraballo.

La del 11, en que se concluyó la reforma del Reglamento.

La del 18 que fué pública, en la que el Sr. D. Eduardo Acevedo Diaz leyó : « La Diosa Razon, y el Racionalismo, y el Sr. D. Anselmo E. Dupont : « El Racionalismo y las Religiones positivas.»

La del 14 que fué pública, en la que D. Carlos Honoré dió lectura de el Periodo Glacial y sus vestigios en la República Oriental del Uruguay.

La del 15 de Octubre, que fué pública, en la que el Sr. D. Teófilo Diaz leyó : « Fundamento de la penalidad. »

La del 19 de Octubre, pública tambien, en la que el Presidente espuso sobre la libertad personal, y por último la del 1º de Diciembre, en la que se verificó la eleccion que nos remplaza.

Es de lamentarse, sin embargo, que no haya concurrido á estos nobilísimos esfuerzos que os recordamos, gran parte de la juventud Montevideana, que dada así por completo á las distracciones triviales de la vida y á las agitaciones de política militante, erradamente cree que aquellas satisfacen las exigencias del deber bien entendido y

que estas son único medio de feliz desenlace para la situación actual y única influencia eficaz en los destinos de la Patria.

Es de sentirse también que hombres de reconocida ilustración no hayan venido aun á ofrecernos su valioso concurso y permanezcan egoistas aislados de este centro, cuando mas exige nuestro lamentable estado social, decidida union de todas las inteligencias, solidaridad de todos los corazones bien inspirados, armonía de miras y muchísimo teson en esta obra de regeneración moral y de transformación política que desde 4 años acá sirve de aspiración constante á los miembros del Club Universitario.

Durante el mes de Noviembre no ha sido posible reunir el Club.

Las tareas universitarias, en vísperas de exámenes y la celebración de los comicios no dejan al espíritu la calma suficiente para abordar problemas científicos ó deleitarse con la literatura.

Pero se halla esto compensado con el número extraordinario de sesiones que tuvieron lugar durante los tres primeros meses.

Tal ha sido el movimiento intelectual que hemos tenido, como lo recordareis, hasta tres sesiones en una semana, y á veces dos importantes lecturas en una sola sesion.

Cabe también á esta Comisión la satisfacción de señalar el aumento notable de la Biblioteca, sin haber tenido que recurrir á fondos de la Sociedad.

Ha sido ya publicada la lista de las obras que espontáneamente regaló al Club la generosa Sra. D^a Rosalia A. de Ferreira. 400 volúmenes y unos 600 folletos es lo que tenemos que agradecerla; y muy especialmente también la donación de varios manuscritos literarios originales de su finado hijo el Dr. D. Fermin Ferreira y Artigas; manuscritos que la Sociedad tiene el deber de enviar á la prensa para convertirlos en libro útil y agradabilísimo que hará honor á las letras uruguayas.

Recomendamos muy especialmente este asunto á la Comisión entrante, ya que no nos ha sido posible por falta de tiempo preocuparnos de esa merecida impresion.

También es notable el movimiento de la Tesorería, que ha cobrado \$ 631 quedandó en caja \$ 112.90.

Quedan entre los asuntos entrados uno que merece especial atención.

Es el pedido del «Club Juvenil», asociacion de jóvenes que recién empiezan á iniciarse en los conocimientos humanos y que servirá como *centro de preparacion* á los menores de 17 años que mas tarde lleguen á ingresar en nuestro Club.

Ese asunto necesita sesion ordinaria.

No cabe duda de que el «Club Juvenil» obtendrá lo que pide y el «Club Universitario» le prestará decidido apoyo. Todos vosotros sabeis perfectamente que es necesario aumentar y estimular mucho, para poder lograr algo grande en el futuro.

Preocupada de los trabajos internos del Club no ha sido posible á esta Comision ponerse en comunicacion con los diversos centros científico literarios de Europa y América, pero alimenta la esperanza de que la nueva y digna Comision que la reemplaza llenará una página de su futura *memoria* dándonos estensa relacion á este respecto.

Sin embargo, una Sociedad de Paris el Cercle Granimot S'A Hubert Hispano Americano se ha dirigido espontáneamente al Club Universitario, con el objeto de establecer reciprocamente libre entrada para los miembros de ambos Sociedades.

Las notas cambiadas se darán á luz en nuestro periódico.

Nuestro órgano de publicacion no responde ni regularmente á las miras en él cifradas.

Necesita una nueva organizacion. Vuestro tino decidirá.

Los anexos adjuntos os instruirán de los detalles de la administracion interna.

Agradecemos á nuestros consocios el honor que nos hicieron y el concurso que nos han prestado, felicitándolos sinceramente pues la Comision que nos reemplaza responde á las mas nobles aspiraciones de esta asociacion.

Montevideo, Noviembre 30 de 1872.

Pablo De Maria, Presidente — *Cárlos Maria de Pena*, Vice-Presidente — *C. S. de Zumaran*, Tesorero — *Luis Pierra*, Bibliotecario — *Alberto Nin*, Secretario.

El año nuevo

¿Qué hora es en el gran reloj de los siglos?

Los sábios observadores de la marcha del mundo en todas las épocas de su historia, no pueden contestar á esa pregunta, porque su respuesta compete á la sabiduría del creador; y nosotros reconociendo la inmensa superioridad de ese problema sobre nuestra limitada inteligencia, creemos mas oportuno preguntar:

¿Qué hora es en el reloj de la vida de los pueblos?

Cuando no se padece la desgracia de la insensibilidad de corazón, en la noche del 31 de Diciembre las doce campanadas que señalan la última hora del año que se ha hundido en el abismo de la eternidad, despiertan nuestras atentas miradas al cuadro escrito ya en el alma, para representarnos el interesante conjunto de las vicisitudes propias de la naturaleza humana, y exitamos las reflexiones mas profundas para mejorarlo en el *año nuevo*.

¿Cuánta razon ha tenido un literato moderno para saludarlo con la esperanza en el porvenir, y resignacion en lo pasado, diciéndole: «¡Salve hijo misterioso del tiempo! ¡salve desconocido que llegas! Tú vienes envuelto en velos, y no podemos ver si tu faz es risueña ó severa, si tus manos cerradas aun nos traen felicidades, ó infortunios, si entre los pliegues de tu manto se esconde la paz ó la funesta discordia, pero impenetrable como eres, vienes de Dios, y te recibimos con transporte sublime como á mensajero de sus altos designios.»

¡Salve y Bendito sea el que viene en nombre del Autor Supremo del bien!

La aristocracia

Perdonadme, lectores, voy á ocuparos un momento.

Y ¿con qué?

Con saber qué cosa es la aristocracia.

¿No habeis oido decir muchas veces á la jente enfadada y pretenciosa:

« Yo no voy allá, porque allá no va la alta aristocracia ? »

Y ¿ qué quieren significar con esto ?

No lo sé

Talvez alguna jente descende de otro padre comun que el que todos tenemos ;

Talvez creen que tiene esa jente naturaleza diferente de la nuestra.

¡ Absurdo sin igual !

Sin embargo, á este absurdo se someten todos, y este absurdo es la fuente de esa ridícula tontera que se llama *moda*.

Muchas ideas se agolpan á nuestra mente.

Confusas como un torbellino de viento, no sabemos cual escoger primero.

¡ La moda !

Una sonrisa burlona asoma á nuestros lábios.

Idolo que todos desprecian y á quien todos queman incienso.

Palabra que á mí nada me importa, y que no me merece un momento de cuidado.

Favorita por excelencia de la aristocracia, la moda reina en el mundo como un emperador en su imperio.

Yo para darle un apretón de manos á un amigo, tengo que limpiar con un pañuelo, el raído cuello de terciopelo (que fué) de mi chaqueta; y dar á esta una friega de quillai y dos á mis pantalones.

¡ Pobrecitos !

¡ Van á enterar el cuarto año de servicio !

Bueno estaba ya concederles cédula de retiro . . . pero . . . y ¿ con qué ?

Empero, yo dije al principio que iba á hablar de la aristocracia, y me he olvidado: volvamos á ella.

Un dia me paseaba yo en la Alameda, dia domingo por su puesto, porque aun estaba en el Colegio, sin salir mas que los dias festivos; y lo que es mas raro, me paseaba con un jóven de la *alta aristocracia*, alto como una varilla de maqui, delgado como un fideo, y amarillo como una ánima en penas.

A tiempo que dimos una vuelta, divisé á Panchito, mi amigo de colegio, mi compañero de la infancia . . . Ah! picaruelo! ¿ dónde vas á pensar que en esto me refiero á tí ?

Volviendo á mi cuento, ví á Pancho que venia, y me lancé para darle un apretón de manos.

Todo fué uno, lanzarme á darle mis cinco, y el de la *alta aristocracia* detenerme por la chaqueta.

—¿Qué quieres, hombre?

—Caramba! ¿Cómo te atreves á saludar, en pleno paseo, al mulato Francisco, que anda tan mal vestido?

—Pero, si es mi compañero!

—Pero no lleva guantes como tú; y ¿qué dirá la jente...?

Si no habia tenido vergüenza de ir á saludar á mi amigo Panchito, en ese momento me dió vergüenza el andar con un compañero tan nécio y desvanecido.

¡Pues bien! así son los aristócratas!

Vea, hay algunos que cuando yo puedo servirles, me saludan con mil cortesías; y despues, porque me ven de chaqueta de brin, y con un colero del tiempo de Matusalen, pasan á mi lado como álamos de tiesos.

Dejen, no mas; para eso aquí me publican mis composiciones, y todo lo que escriba ha de ser para cascar á los aristócratas.

Pero, el Empresario me dice:

—Hombre! si usted le casca á la aristocracia, todos los aristócratas se borrarán del periódico.

—No tenga cuidado, señor: ninguno de los altos aristócratas entenderá mis artículos!

J. A. G.

Julian

El cielo azul intenso, el aire tibio, se siente apenas la cansada ondulacion de sus ondas. La pampa monótona se estiende. Dormitan las majadas, y sueña el pastor velado por la sombra de su potro.

Varios paisanos en traje de gala, toman mate y conversan, en semicírculo á la puerta de un rancho. El viejo mayordomo de la estancia, su familia, y sus otros compañeros de trabajo.

Alto, moreno, pelo y barba gris, frente altiva; sus ojos garzos ra-

dian sin debilitar el fuego de sus pasiones, valiente! en su puñal no hay manchas de sangre, pero mas de una vez lo empañó el aliento del contrario: era Julian. Poética, casta, como las místicas visiones de Rafael, blanca, ojos azules, su mirada irradia ternura. Blanco lino oculta sus formas delicadas.—Lago sereno y transparente, en cuyas ondas apacibles se estremecen castas y risueñas ondinas: ensueños y aspiraciones de un ángel; la primavera circunda sus orillas; fluctuantes brumas de color de rosa velan el horizonte; era Marcela.

Recostada en el respaldo de la silla de Julian, escucha; su aliento suave como el de un niño, acaricia su barba delicada.

— Pero amigo, quién habia de decir que el oscurito . . . si aquello no era correr; parecia que volaba entre la polvareda.

Afloje, don Juan, afloje!

Créame, hombre, si de puro gusto hasta me olvidé que me hacia perder doscientos pesos. — Y sabe que su hijo no lo hace tan mal. — Es de sentir que no se luzca lo mismo en la guitarra. — Lo que es en eso, no se me parece, Don Juan. — No me venga á mí con esas, ya somos conocidos viejos.

A ver, pues hijo, una versada; hoy con cualquier cosa nos contentas—Gracias! — No hay de qué, hombre; al fin son tus hijos, y como eres el hombre mas feo en cien leguas á la redonda. . . ya entiendes pues! —

Gregorio avergonzado, despues de muchas súplicas, empezó á remolonear en la guitarra, y despues de media hora de floreos, cantó con esa voz áspera y estensa peculiar á los paisanos: —

Bajo el sol del medio dia
 Por el anchuroso llano,
 Triste y sediento un paisano
 Cansado el caballo guia,
 Sereno lago distante
 Cree ver en su amargura,
 Se acerca al lago anhelante. . . .
 Mira, y cae: la llanura,
 Como inmensa sepultura
 Se le presenta constante.

Y como el sol en el llano,
 La ilusion en mi camino
 Con semblante peregrino
 Una virgen colocó.
 Aémi. ; destino inhumano!
 Y la que mi alma creyó
 En su juvenil ardor
 La dueña de su ventura?
 Fué risueña sepultura
 De sus ensueños de amor.
 De sus ensueños de amor
 Fué risueña sepultura.

Qué diablos dice este. . . . Cállese pues hombre, no hacia Vd. eso
 á los diez y seis años.

Me ha sido infiel la fortuna!

Vivo sin luz y sin calma;

Y como el campo está mi alma,

Cuando lo alumbrá la Luna.

Mi llanto ella no comprende,

Ni comprende mi cantar,

Tampoco la roca entiende

El misterioso lamento,

De la onda que trae el viento

Sus plantas á acariciar.

No tiene el aire frescura,

Ni tiene el sol esplendores,

No hay aromas en las flores,

Ni en la ave que dice amores

Hay en el canto ternura.

No importa! ya que el destino

Quiso que te amase ingrata,

Iré errante peregrino

Tendiendo por mi camino

La sombra que á mi alma mata.

Y en las horas de quebranto,
Para calmar mis pesares,
Pediré á mi propio llanto
Para calmar mi quebranto,
Melancólicos cantares.

Estalló una cuerda, los ecos prolongaron un instante la vibracion quejosa—Bueno, pues, ahora la explicacion.

Déjalo, padre, dijo Marcela á Julian, así son mas lindas—Desde que acompañó á aquel Doctor á Buenos Aires, usa unos términos!—Diga Don Juan, ¿no lo hacen acordar estas décimas, al hijo del Patron en el Carnaval del año pasado, que vino á embromarnos, disfrazado con chiripá, levita y sombrero andaluz?—Digo lo que siento y como puedo contestó cabizbajo Gregorio, con la burla de sus compañeros.—Ah! blanco! exclamó uno de los paisanos, fija la vista en un caballo de este color, que venia hinando, brioso y con la crin al viento, tal vez orgulloso de su carga, una fresca rubia, antes compañera de Marcela, y que acompañaba ahora á la patrona—Estalló otra cuerda en la guitarra que templaba Gregorio. Estaba rojo, sus manos oprimian con fuerza el instrumento. Marcela se acercó á su oido y le dijo despacio, entre sonrisas: ya sé.—Y qué quiere la buena moza?—Voy á decirle. ¿Cómo está, Gregorio?—Algo triston hija, nos acaba de cantar un sermon de soledad! No saber yo quién es la ingrata, pues por Dios que los caso! Y bien, qué desea Don Pablo?—Que vd. y tres peones mas, nos acompañen hasta la diligencia, para traer los caballos.

Para eso basta con los muchachos.

—Sabes donde están, Dolores?

Salieron con sus boleadoras, deben haber ido al arroyo—Bueno voy á buscarlos.—Deja, hijita, que vaya Gregorio, ó vayan los dos.—La rubia puso mal gesto, como si le desagradase la compañía del hijo de Julian; montó á prisa y desapareció al galope.

Las otras personas se dirijieron á las casas.

La aurora de la noche empezó á cubrir con suave penumbra la estendida llanura.

Julian pasó media hora acariciando á su hija—Dolores, dijo Julian

á su mujer, no vayas al baile; va á hacer frio esta noche. Me parece que Manuela está enfermita ¿no vés como está triste? Estuvo tanto tiempo al sol!—Bueno, mis hijos, hasta luego!—Iba á montar pero volvió de nuevo, tomó á Marcela en sus brazos, la sentó en sus rodillas y humedeció con lágrimas su frente—No, yo no voy! Qué diablos me ha dado! pero es una zonzera.

—Porque no marchas? porqué lloras, viejo soldado ve! si apenas vas á tardar unos instantes. A qué esas lágrimas? Ha sollozado algun genis á tus oidos! Has visto extraño brillo en la pupila de Marcela? ó han retratado en ella los ángeles celosos que la guardan algun horrible espectro?

Has notado acaso en su semblante, el color de los monumentos del Panteon, cuando quiebra la Luna sus pálidos rayos en las lineas fujitivas de sus formas? Qué son, qué voz ha estremecido tu alma?—¡Tal vez tu corazon ha adivinado las sombras, envuelto en las penumbras!

La comitiva llamó desde lejos á Julian—Adios! á las diez estoy de vuelta—Ah! cuando venga Gregorio, que me espere aquí; y cierren bien la puerta!

No sé, no sé que tengo!

Partió. Marcela no extrañó sus lágrimas.

Las mujeres volvieron al rancho, rogaron, y se cobijaron tranquilas en el lecho.

Las sombras cubrieron al planeta. El cielo de galas parecia velar á la creacion en el silencio, entretenido por los arrullos del mar.

DORMIAN

Tierna virgen que guarda el desierto, ángeles que velais sus castos sueños, no sentís aproximarse la tormenta?....

Se lanzan unas veces en carrera febril, sofrenan de repente, se cruzan, se pechan, se voltean, se arrojan las lanzas con rabia ó por placer, ó se las quitan de las manos con certeras flechas. ¡Siempre adelante!

Cada alma es una nube en ese huracan, con forma humana. Bárbaros deseos y esperanzas, temores y recuerdos, la conmueven, la agitan y la arrojan.

Las pasiones en lucha estremecen violentas sus fibras; y gritos vi-

brantes, estensos, rasgan las capas diáfanas del aire y prolongan estremecidos los ecos.

El duro casco estremece la tierra. Llegaron.

* *

Lívidas, sin voz, tremantes, se alzan, se acercan y se oprimen.

El alma en la pupila, alza ferviente ruego al través de un velo de lágrimas. La vida parece alejarse estremecida de esos cuerpos frios y blancos como el mármol.

La puerta cayó — Esta á mi, dijo Chevar, enredó en sus brazos la virgen desmayada, montó en su caballo, y cruzó á la carrera por entre los grupos del tumulto — Los indios despedazaron el cuerpo de la vieja compañera de Julian, destrozaron todo, sacaron algunas mantas y botellas con bebidas alcohólicas, y convirtieron el hogar del pobre gaucho en inmenso fogon.

La turba bulliciosa y sanguinaria cubria la llanura. Tiros lejanos y escasos anuncian la débil resistencia de los otros moradores del campo, dejando adivinar tristes escenas. Nuevas hogueras aparecian de distancia en distancia, que aumentaban el clamor.

A arréar!, arréar!, arréar! dijeron un instante muchas voces. Se dispersaron. Seis indios continuaron al rededor del rancho del infeliz Julian en asqueroso festin, medio embriagados.

Pañuelos rojos ó blancos sostienen sus crines en la frente, que caen ríjidas y negras hasta tocar los hombros. Musculosos; las faces toscas y deformes; la nariz chata, los labios grandes y gruesos los contrae una sonrisa imbécil; los ojos chicos, negros é irritados. Figuras siniestras al destello rojizo de la hoguera!

El rayo mata, pero abona, ¿y vosotros? talvez sois un castigo! Se os sacrifica en aras de la paz, sacrificais en aras de la vida.

Los miasmas no se alejan, se transforman; los vientos inconstantes pueden llevar su veneno á otras atmósferas, y esponer al hermano: ni es humano.

Se alzaron.

Un hombre estaba entre ellos, un puñal én la mano y el infierno en el alma demanda anhelante, en la pupila, en el gesto, en el labio: Marcela, donde está Marcela!

Se lanzó al hogar, apartó frenético las brasas, volvió á alzarse livido, y mas grande y mas feroz.

Cayó uno, y su puñal rojo, humeante, se agitó lento entre las armas de sus enemigos; pero heria con brazo de hierro y de Titan. Huyeron.

Volvió á buscar, miraba, destrozaba, revolvía; nada! oprimió entre sus manos el cráneo de uno de los cadáveres, lo agitó convulsivo ¿y mi hija miserable, y mi hija? creía reanimarlo con su anhelo. Desmayaba. Apoyó en el cuello de su caballo la ardorosa frente, y humedeció con lágrimas sus crines.

¡Llora, viejo soldado, has perdido mas que la vida: has perdido el Eden; serás una planta sin aroma, vejetando en las sombras. Que te importa existir, naturaleza sin primavera?—Era para mí! solo para mí! exclamaba.

Montó, su brazo se agitó vengador en el espacio, oprimió los hijos de su potro y se arrojó desesperado en la llanura—Iba. Las brisas entonaban sus salmos, la luna cubria con un sudario de luz la pampa silenciosa.

Gregory.

Canto de la Sirena.

Cuando un hombre enérgico toma una resolución, ni la fuerza de las cosas ni la impotencia humana son capaces de hacerlo volver sobre sus pasos.

Yo no he conocido hombre mas enérgico que Broth. Era ruso, pero habia venido de un año y solo uno que otro rasgo de su fisonomía recordaba su origen.

Broth se habia ligado á mí en el colegio, donde tan necesarias son esas alianzas íntimas, esas amistades estrechas que se auxilian y consuelan recíprocamente. Broth tenia una cabeza admirablemente organizada y era precisamente en los estudios que requieren sobrehumana penetracion en los que se distinguia. Broth desesperaba á nuestro profesor de filosofía, distinguido francés que seguía humilde-

mente las huellas de Cousin en la escuela ecléctica. Estudiaba en Platon; era deliri el que experimentaba por el discípulo de Sócrates. Yo era mas amante de los modernos y entre ellos, Descartes hacia mi delicia.

Un dia, faltaria un mes poco mas ó ménos para el exámen del último año de reclusion, habiamos estudiado diez horas seguidas mecánica racional, me dolia la cabeza, las sienes me ardian y como era avanzada la hora, el pobre cuerpo me pedia reposo y tranquilidad.

Estaba reclinado en un sillón, mientras que Broth, con su eterna seriedad, su inmutable serenidad de espíritu, resolvia en la pizarra una intrincada fórmula.

—Broth, ¿quieres dejar un momento? Estoy rendido y no me haria provecho el estudio,—le dije con voz lastimera.

—¿Estas cansado? Bien, acuéstate. Yo no podria dormir; voy á leer á Platon.

Me acosté y siguiendo la eterna costumbre, que no he perdido ni aun en mis noches de embriaguez profunda, tomé un libro para traer á mis ojos el fugitivo sueño. En el monton confuso y desarreglado de libro de todo género, mi mano tomó al azar uno que me habian mandado ese mismo dia y que Broth y yo solo conociamos de nombre: eran las obras de Edgard Poe. Lo abri y mis ojos se detuvieron en la cita de un escritor inglés que servia de epigrafe á uno de esos originalísimos cuentos del sublime visionario, decia así: ¿Qué cancion cantaban las sirenas? ¿Qué nombre tomó Aquiles cuando se ocultó entre las mujeres? Cuestiones difíciles en verdad, pero no mas allá de toda investigacion.»

Por un inconveniente involuntario, llamé la atencion de Broth que leia en ese momento una de las admirables páginas del *Times*.

—Broth, mira que cita tan curiosa. Por lo que conozco del espíritu de Poe, me parece que es el compendio de toda su obra; el que ha elejido este epigrafe debe tener una poderosa facultad analítica, unida á una decision inquebrantable.

Broth tomó el libro silenciosamente, leyó la cita, sonrió y volvió á su lectura.

Yo continué leyendo; era el Escarabajo de oro, si mal no recuerdo; el estilo tan enérgicamente bello y sencillo me empezaba á ab-

sorber, cuando me fijé en Broth; ya no leía; el libro permanecía abierto sobre sus rodillas y su mirada vagamente fija, revelaba un pensamiento tenaz arraigado en aquel cerebro. Estos éxtasis eran familiares en él y yo los respetaba siempre; ejercía la altura de su espíritu tal superioridad sobre mí, que jamás tuve la idea de dirigirle una broma; respetaba hasta sus mayores extravagancias, como él perdonaba mis mas pueriles debilidades.

Broth seguía profundamente ensimismado; por fin, sin variar de postura, sin mover un solo rasgo de su fisonomía, murmuró levemente estas palabras, que parecían desprenderse de su idea: el canto de la Sirena! y tiene razon... por qué nó? Voluntad, perseverancia: hé ahí las armas: el tiempo, hé ahí el combate: la verdad, el triunfo!»

—Broth, dije suavísimamente, en qué piensas?

No me contestó; resolví no hablar al hombre sino á la idea.

—¿Crees posible tal fantasia?

—Posible, dices? respondió instantáneamente; probable, hijo mio.

Broth me daba comunmente este nombre cariñoso.

—Pero es posible, Broth, que te ocupes de semejante pequeñez? Toma á Platon, que es la verdad y deja á ese inglés, que es el ensueño, poético si quieres, pero ensueño al fin.

—Es un error, Daniel, olvidaba decir que ese es mi nombre, es un error; en el fondo de toda leyenda, de toda tradicion, hay siempre una base invariable de verdad. La leyenda es como la madre tierra: quita las capas de arcilla, greda y aun calcárea y encontrarás la base granítica. El espíritu humano, que vive del universo, no puede crear mas de lo que existe. Los pintores representan en toda la naturaleza y lo que es posible ver, por lo ménos en principio—el poeta ese pintor aéreo, no puede encontrar en un algo que no existe en él, las inspiraciones de su obra.

El sueño habia desaparecido; estaba desvelado, sufriendo la influencia de Broth: era el magnetismo de la superioridad incontestable.

—Estrañas teorías para un discípulo de Platon! contesté. Observa que una teoria, para ser buena, necesita sufrir con éxito el análisis de todas sus consecuencias. En la tuya seria cierto que en la voz de

Dios vibró sobre el Sinai, y que las aguas del mar Rojo se abrieron ante lavara de Moisés.

—Son las adulteraciones, Daniel, la leyenda, la tradicion de que te hablaba. Porque Moisés, en uno de esos entusiasmos febriles que produce la escitacion de la fé, no puede haber confundido la soberbia voz de la tempestad, que hablaba á su alma estremecida, con la palabra divina?

¿Por que se ha de haber visto excento de la preocupacion del milagro, impotente para darse cuenta de un fenómeno natural? Nó, Daniel: el jérmen de todo existe y en la elaboracion infinita de los siglos, bajo la influencia fatal de la fuerza de la naturaleza, la materia va cambiando y el espíritu jirando sobre si mismo, ya opaco, ya brillante. Un imbécil de Platon seria un talento de Gall talvez y la sandalia de Diójenes puede ser la blanca perla que hoy adorna el cuello de una hermosa dama.

—Nunca te he oido hablar asi, Broth. ¿Qué tienes hoy? ¿Porqué esa sobrescitacion nerviosa? Vamos, cálmate, vuelve al estudio sereno y reposa.

—¿Temes por mi razon, pobre Daniel? Oh! es fuerte como una roca. Pero encuentro un encanto indescriptible en la audacia admirable de ese hombre que dice que nada hay imposible para la investigacion humana, me siento con fuerza para lanzarme á un estudio profundo, ó una observacion de toda mi vida! Seria capaz....

—¿De traducir con notas el canto de la sirena?

—¿Y porqué nó?

—Cómo! Tú crees que han existido esas criaturas que detenia á los uespertos navegantes en medio de los mares, por el irresistible encanto de su voz armoniosa? No te parece fuera de toda ley natural esa existencia hibrida, mitad pez, mitad mujer! Tú sabes que nada hay que predisponga á la creacion poética como la soledad de los mares en las noches de calma; los marinos de entonces habrán sentido en su espíritu la fuerte impresion de la armonía de la naturaleza y en la imposibilidad de darse cuenta de ese fenómeno admirable, han dado cuerpo al ensueño, vida á ese atributo armónico de lo creado y formado, esas deliciosas voces que nacen del medio de las ondas espumantes para atraerlas á las grutas misteriosas de los seros del océano.

—¿Y quién te dice que en otras épocas, tan lejos en la historia del mundo, que el pensamiento no las alcanza, no hayan existido peces dotados por la naturaleza de órganos vocales? ¿No tienes hoy el pescado que vuela? cuál sería el encanto de su v. z., cuando las imaginaciones, juveniles como los rayos del sol en los primeros días de su formación, han confundido un pescado con la diosa de los mares? Oh! el canto de la sirena!

Callé: Broth me causaba espanto. Me parecía que la razón de aquel hombre era muy débil para contener el empuje de esa volcánica imaginación y de esa salvaje energía.....

Broth salió junto conmigo del colegio. Al abandonar las aulas, sabía más que todos sus maestros juntos.

Se había dedicado casi exclusivamente á la música y pasaba días enteros inclinado sobre el órgano, que era su instrumento favorito, junto con el violoncello.

Jamás frecuentó la sociedad: vivía solo, aislado, de una módica renta que había heredado. La juvenil cabeza empezaba á encanecerse en la aurora de la vida y el vigor del cuerpo parecía haberse refugiado todo en sus ojos que brillaban de una manera pasmosa, febriciente.

Era yo el único amigo que había conservado sobre la tierra. Cuando lo iba á ver, tendía su mano hácia mí con una cariñosa mirada y murmuraba con acento desesperado: — « ¡Nada aun! » Luego no hablaba más y parecía no escucharme. Léjos del mundo como vivía, jamás le hablé de él, ni pretendí lanzarlo al torbellino social. Mis visitas eran retornos á los tiempos de estudio, de meditación y serenidad. Le hablaba de filosofía, historia, ciencias naturales, de los últimos descubrimientos, de todo ese mundo intelectual que juntos habíamos recorrido. Me despedía sin haber obtenido más que un afectuoso apretón de mano.

Un día recibí una carta.—Decía así:

« Daniel :

Has sido mi único amigo.

Nada aun!

Parto, pero no desesperado : encontraré.

Broth. »

Senti un dolor agudo, pero cuando corrí á detenerlo era tarde! Habia partido, sin que nadie supiera adonde.

Bonth habia sido hombre que mas habia admirado en la tierra; tenia para mí una aureola de jénio sobrehumano, que hasta en mis sueños creia ver. Su magnífica intelijencia, aplicada á un solo objeto fantástico,—averiguar cuál fuera el canto de la sirena,—me habia hecho una impresion terrible, que no podia borrar de mi alma.

Poco á poco, el recuerdo de Broth se fué convirtiendo en una de esas confusas reminiscencias que se conservan de la lectura de un cuento de Hoffman allá en la infancia.—Seguí el torrente de la vida y el nombre de Broth quedó en mi memoria débilmente iluminado por el cariño de mi corazón.

Habian transcurrido quince años desde el dia en que recibí la despedida de Broth; viajaba por Alemania, no ya con el entusiasmo del hombre joven, sino con esa observacion serena que caracteriza la edad madura.

La Alemania es la tierra de los poetas, como la Italia es la patria de los artistas.

La poesia siempre es íntima y subjetiva: vive en el fondo del alma y los hombres que tienen ese huésped sublime, viven lejos del mundo, bebiendo las inspiraciones en las sensaciones misteriosas de su ser inferno. Los italianos abren su alma, como las flores su cáliz, al calor del ardiente sol—los alemanes, como las modestas sensitivas, se expanden en el silencio de la noche. En Italia el infinito es una forma: en Alemania es una idea....

Un dia fuí invitado á visitar un manicomio en una de las mas pintorescas aldeas que duermen á la sombra de los castillos feudales que vijilan eternamente el Rhin. Un distinguido médico cuidaba el establecimiento, que solo contenia veinte ó treinta dementes.

Fuí y recorriendo el edificio, admirablemente dispuesto para su fin, el profesor me esplicaba diversas manías y los medios de curarlas cuando oimos el éco lánguido de un violoncello.

Me estremecí, porque una idea, una de esas misteriosas adivinaciones del alma, habia venido á sorprenderme. No me atreví á preguntar.

—Ese desgraciado que toca con tanta dulzura el violoncello, me dijo el profesor, es el maniático mas poético que he conocido. Es anciano ya, pero hay en sus palabras, las pocas veces que habla, cierta frescura juvenil. Ha buscado durante toda su vida la solución de un problema curiosísimo : cuál habría sido el canto de las sirenas !

Dí un grito y me apoyé contra un árbol para no caer.

La música seguía, tristísima y suave, como una de esas melodías que se creen oír durante los sueños de las noches de verano. Era rara; no había oído nunca nada análogo. Tenía algo de la balada de los pueblos primitivos y al mismo tiempo se parecía á algun murmullo que había oído en el silencio de la naturaleza, durante las horas de reposo. Me sentía atraído y una nube de ideas arrebataban mi alma á otros tiempos, á otras sensaciones desconocidas.....

Era mi pobre amigo el que tocaba !

Broth, nivea la larga cabellera, vaga la mirada, abrazaba su instrumento como la barca en que bogara en el delicioso mar del infinito.

Oh ! lágrimas corrian por mis mejillas, pero no esas vulgares lágrimas del dolor. Sentía un placer infinito ; creía que Broth era feliz y allá en lo íntimo de mi corazón, bendecía al cielo que tan dulce locura había enviado al querido amigo de mi corazón.

Me acerqué silencioso: Broth levantó su límpida mirada hácia mí y casi sin mover los labios, sin conocerme, sin alterarse en lo mas mínimo su límpida mirada, como si su alma estuviese en el cielo de las delicias, murmuró misteriosamente haciendo un signo de silencio:

—Callad, callad, por Dios! Es el canto de la Sirena!

Seccion poética

A Delfina

Niña mas linda que la flor del prado,
 Vírgen hermosa de oriental belleza,
 ¿Porqué vela tus ojos la tristeza ?

¿Porqué miras así ?

¡Abrigar en tu seno una alma pura
Y tan niña llevar sobre tu frente
La sombra de un pesar!... Angel doliente
¿Porqué te conocí?

Tú tienes una madre cariñosa
Que en el sueño feliz de la inocencia
Arrulla con delicia tu existencia,
Como el aura á la flor.

Tú tienes una madre, y en la vida
No hay, Delfina, jamás otro consuelo!
Ella nos ama con virtuoso anhelo
Y es el único amor.

Ella la luz adversa nos señala
Cuyo májico brillo nos deslucé;
Nuestras miradas al Eden conduce,
Y allí nos muestra á Dios!

Bella es la vida, grata y apacible,
Cuando esa estrella nuestros pasos guía:
Vierte placer, deleites y armonía
De natura la voz.

Hallamos por do quiera las visiones
Que el inocente corazón figura,
Imágenes de luz y de hermosura
Que alegran el vivir.

Hallamos en las fértiles campiñas
Panoramas bellisimos de flores,
Bajo un cielo de luz y de colores,
De grana y de zafir!

Entonces arrobada la existencia
En su ilusion divina y seductora,
Ve nacer como un sueño cada aurora,
Como un sueño pasar.

Y al encanto feliz que se enajena
Otro encanto sucede mas hermoso,
Mientras en el pecho el corazón dichoso
Se siente palpar.

EL CLUB UNIVERSITARIO

Niña mas linda que la flor del prado.
 Virjen hermosa de oriental belleza,
 ¿Porqué vela tus ojos la tristeza?
 ¿Porqué lloras así?

Goza en los brazos de tu madre amada
 ; Mira ! Ese mundo de sonrisa pura,
 Todo su amor, su dicha y su ventura
 Lo guarda para ti.

S. A. E.

El cóndor

En la empinada roca
 Que los valles domina
 Y con su frente hasta las nubes toca,
 Se vé el águila andina,
 El soberbio condór, rey del espacio,
 Pisar en altivez la escelsa cumbre,
 Medir la inmensidad, bañarse en lumbre
 Del etéreo palacio.

Alza el desnudo cuello,
 Y cresta y corvo pico luce ufano
 Y con ojos de vivido destello
 Penetra la estension, el bosque, el llano,
 Bate las olas de potencia suma,
 Arrójase á escalar el firmamento,
 Devora espacio, y al traves del viento
 Lleva rizada la morena pluma.

Atras deja la nube
 Donde el rayo se forja y brama el trueno,
 Y en ondulante jiro sube y sube
 A las rejiones del azul sereno.
 Ni el aire enrarecido, ni la llama
 Del astro abrasador, candente hoguera
 Que los mundos inflama,
 Parar pueden un punto su carrera.
 Nada ataja ese ardor, esa osadía:

Inmensidad y luz busca en su anhelo
Y luz é inmensidad le brinda el cielo,
Y hácia el cráter del sol el rumbo guía.

Allá se cierne en estupenda altura,
Por los desiertos del espacio avanza,
Y un leve punto en la estension figura
Que humano ser á distinguir no alcanza:
No mas pronto del mar por lontananza
Altjero bajel corta la espuma
Y se disipa entre lejana bruma.

Ya el fuego aspira de la ardiente zona
Y su ambicion la intrepidez corona:
Ve de cerca los vivos resplandores
Con que se ciñe el luminar del dia,
Y debajo los mares luchadores,
Y por do quier la inmensidad vacía.
En esta soledad goza su pecho,
Rey de los seres que el espacio encierra,
Todo el azul para volar estrecho,
El sol delante y á sus pies la tierra
Tal se encumbra el injénio peregrino
Y a la gloria inmortal se abre camino.

Vicente Coronado.

Cantemos

Dulce sirena que alhagó mi vida,
Voz placentera que me dió esperanza
Ya no te escucho, y en el alma herida
Ya no derramas la feliz bonanza
Como otros dias.
No esteriliza tu amoroso acento
La hiel que ofrece al corazon la pena,
Ya tus cantares no pregona el viento
Ni tu armonía las riveras llena
Como en un tiempo.

Dulce rabel, donde el pastor cuitado
 Al rubio sol su padecer decia,
 Y guiando al aprisco su ganado
 Recobraba su cándida alegría
 Con tus halagos.

¿Eres ya viejo mi rabel querido,
 Y es la vejez quien te robó las voces,
 O es porque el pastor envejecido
 Siente apagada aquella sed de goces,
 Antes queridos?

Si hay un recuerdo que placer te inspire
 O una memoria en que dolor hallemos,
 Deja que el triste corazon suspire,
 O la ventura del ayer soñemos
 Que aun existe.

Pero permite que las cuerdas mueva
 Que el abandono relegó al olvido,
 Que puede ser que la ventura vuelva,
 Como las aves al añejo nido
 De las palmeras.

Aun el valiente corazon resiste
 El nuevo choque de fatal marea ;
 Aun en las venas el calor existe,
 Y él que á las puertas de la fé golpea.
 Su afan consigue.

Ven á mis manos, si nos guarda el cielo
 Nuevas coronas con espinas llenas,
 Siembre en mal hora sus eternos duelos
 La desventura ; sufriré sus penas ;
 Pero cantemos.

M. Bahamonde.

Diciembre 14 de 1872.
